

LA HENDIJA

Página mensual del Periódico ADELANTE



Musas

Por Yang Fernández Madruga

La familia de Serafín estaba preocupada. La razón: cada noche el joven se trababa en su cuarto para escribir un libro “raro”. En realidad no versaba sobre cuentos de ultratumba, como suponía el padre, o de la vida de un cantante de reguetón, como creía su madre. Trataba de la belleza y otras meditaciones que ni el espejo, ni la *Wikipedia*, habían podido satisfacer.

Código de Serafín le puso en la tapa, y en cuanto la cerraba después de acabar un nuevo capítulo salía campante de la habitación, como si nada hubiera ocurrido. Pero arrastraba tras sí un mundo que cuestionaba desde el hombre de Vitrubio hasta las modas efímeras y duraderas que transformaban los hábitos de vestir en la esencia del alma, y al espíritu, en un accesorio devaluado.

Antes prefería crear, en silencio sobre todo, durante las noches en que la luna aparecía redonda, simétrica. Siempre solo. El tiempo le demostró que las apariencias no debían controlar sus indagaciones, y mientras reflexionaba en por qué Lady Gaga cubrió su cuerpo con un vestido de carne, comprendió que cada espacio del universo parecía enmarcado, como dispuesto a ofrecernos su belleza.

En una hoja retozando por el aire, en el olor del café recién colado, en el pelo suelto de una mujer, en las cuerdas de una guitarra o en un buen plato de potaje, él encontraba la veracidad de su código. Celebraba su poder de contemplación como haría un superhéroe después del triunfo, aunque él se consideraba un antihéroe porque le faltaban fuerzas para hacer entender a tanta gente. ¡Cuánta “sencillez” pasaba inadvertida ante sus ojos!

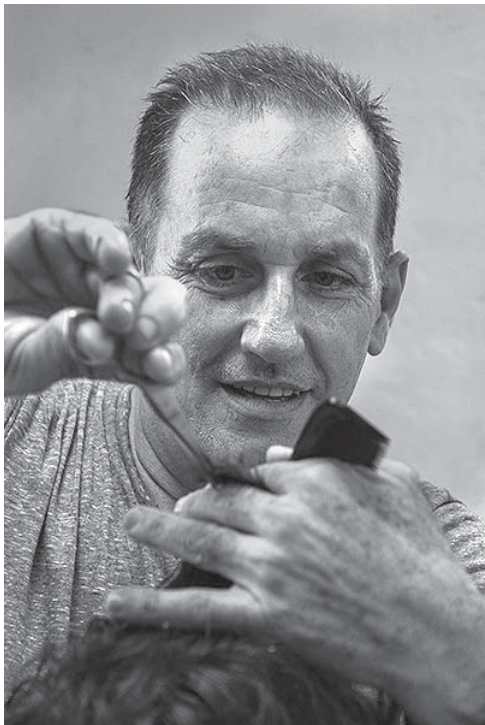
Un día entró al cuarto y encontró su obra maestra hecha pedazos. Su hermana menor la había rasgado página a página, de una manera cuidadosa, limpia y perfecta. Ironías del destino. Serafín miró aquella ola de papeles, a la pequeña, y trató de unir uno a uno los pedazos con su corazón, mientras silbaba “el amor está en el aire”.

A la mañana siguiente descubrió la existencia de un libro, escrito en los años ‘70 con un nombre similar al suyo: Código Serafiniano. Según leyó, era un ejemplar surrealista copado de acertijos incomprensibles. Lejos de sentarse a pensar fue hasta su cuarto, dio un rodeo, observó un librero gris por el polvo y comenzó a buscar la belleza en la sabiduría universal. Su familia se volvió a preocupar.



Crónicas raras

Por Yanetsy León González



“A mí nadie me toca la cabeza que no sea él”, me dice la señora que acaba de pararse del sillón, y la muchacha que le sigue también da los argumentos de quien se ha vuelto el hombre ideal de muchas mujeres y hombres en la ciudad de Camagüey, porque sabe el corte exacto de la imagen bella.

Por su patente, Osmani Martín Vega es estilista, pero quienes frecuentamos su casa, sabemos que también “ejerce” de terapeuta, confesor o psicólogo social, actualizador de la agenda popular y provocador del debate público, porque allí se habla de todo y sin pelos en la lengua.

“Yo no empecé a pelar por amor ni porque de niño peinaba muñecas”, así, jacarandoso, prepara el te-

rreno para escuchar lo inesperado: esa fue su salida ante el ultimátum del sector policial porque estaba desvinculado del trabajo.

“Hubiera cogido otra cosa: mecánica, carpintería, diseño de muebles, que siempre me ha gustado...”, y aunque su tono convenga, cuesta creerle por los antecedentes como técnico de nivel medio en Rayos X. Como tal se desempeñó seis años, pero de las placas pasó a otra revelación: fotógrafo de bodas, quince y fiestas de cabaré en el reparto Puerto Príncipe.

Tampoco aquello le colmó, dejó la cámara a un lado y con los brazos cruzados, viendo la vida pasar, se vistió de “vago”, pero se le ocurrió en un mal momento, en plenos años de desgarramiento nacional.

Al período especial hemos de agradecer el nuevo rumbo de Osmani, desde el minuto en que acudió al amigo Roly por un “abc” para presentarse a la eliminatoria en el salón Venus, en reñida lid con las hijas de experimentadas peluqueras.

“Desde antes practicaba con mi tío, pero lo que implica pelar pelar, no. En la barbería al fondo de ‘La Babita’ aprendí con hombres, pero nunca había pelado a una mujer. Roly me dijo lo básico de un cuadrado y mi cuñada se prestó de modelo”.

Osmani pasó la prueba, y como los aprendices iban directo a los llamados centros de belleza, fue ubicado en uno; en las noches recibía clases de la afamada Consuelo, en Venus, y también libró la segunda eliminatoria, sin verdadera conciencia por el oficio.

“Empecé tarde a pelar. A los 29 años. Ya no sé si me gusta o me disgusta”, dice con el peso de la madurez que a menudo le hace cuestionarse el sentido en la habilidad de sus manos.

“¿Qué objetivo tiene un estilista que alienta el *glamour*, la apariencia, si la belleza importante sigue siendo la que se lleva adentro? ¿Yo estoy orientando o desorientando?”, se inquieta ante las pautas de revistas extranjeras y el gusto de la clientela por

cortes europeos y de otros “allá” donde rige la “dictadura de los estilistas”.

Aquí la gente no acude constantemente a la peluquería, y en ese dejo caribeño asienta las contradicciones cotidianas, porque también como el agua, cada corte se le esfuma de las manos.

“El cabello se torna difícil cuando la clienta no sabe llevarlo bien”, por eso repite sin cansancio la lección de peinarse con los dedos, para mantener viva esa propuesta de imagen que da seguridad y abre las puertas de los demás.

“Hay clientas que se la cogen conmigo, y en el fondo lo que les pasa se debe a que hay problemas con el Alprasan...”, y el suyo no es mero chiste, pero Osmani tiene recetas de comunicación para todos los males: ya sean de amores, de edad, de oficio, de realidad social.

Mas la consagración en él, ahora mismo, tiene un motivo de raíz: la educación de sus hijos Yasmani y Ana Laura, de 24 y 14 años de edad, a quienes no tiene en casa, de ahí los desvelos y los “pelos de punta” con cada cuento en boca de la clientela acerca de la calle, de la escuela y de puertas adentro de cada vez más hogares.

Su casa funciona como laboratorio de pensamiento, de conversaciones que fluyen de la opinión al criterio; Osmani ha modelado su espacio de ataraxia y de catarsis. Como allí recalca de lo humano a lo divino, desde la élite de la farándula y la cúspide de la intelectualidad, a escalones intermedios, de profesiones y desocupaciones diversas, y hasta de irrisorios salarios que se dan “el gusto” una o dos veces al año.

A Osmani se le dedica el día. A su casa se va sin apuro, y esa “malacrianza” se le aguanta porque a tijera limpia te convence de lucir el encanto de tu tiempo, con el prodigio de sus manos y un pirolo. No hay quien se resista a complacerlo por la sinceridad con que te dice: “Mi estrella”.

Al lector

Sobre las esencias y las apariencias escribimos hoy. *La Hendija* reflexiona a partir de experiencias de vida y de lectura, con los códigos del ser que no siempre se corresponden con el traje del tener. También vindicamos a un artista laborioso que con las tijeras insiste en la belleza, desde el equilibrio de lo que se lleva adentro con lo que se ve. Así les entregamos nuestro abrazo con el deseo de un excelente verano, donde se pongan de moda los afectos —y no los malos efectos—, por quienes convivimos en el reino de este mundo. A la vuelta de las vacaciones estaremos de cumpleaños.



Viñeta

Alma tersa

Por Rogelio Serrano Pérez

Se arruga por las escabullidas de los alimentos balanceados, por los problemas del transporte, por las dificultades migratorias, por la vivienda que no halla cimiento firme, por la mengua ideológica, por las crisis: adentro, afuera... crisis.

Se le arruga el cuerpo porque los años cargan pesos extra. Las arrugas en su piel son evidentes, pero el alma. ¡Ah! El alma sigue pulida, limpia, suave. Él ha aprendido la fuerza de la sonrisa ante las escaseces, el vigor de la fe ante la vida, a ver más allá de la vista.

El sonríe. Es feliz. Es un hombre pobre en un país pobre, pero sabe la dimensión peregrina de esta vida y sonríe, sonríe, porque sabe cuánta riqueza se alberga detrás de cada tristeza. Calcula más allá de las apariencias y sonríe.

No es magia, ni es tan fácil, pero es así como mantiene el alma tersa.



Tomado de deluzagotas.wordpress.com